



## LOS RELOJES

---

La que está en los libros de Brahma está en su corazón. Ni tú ni yo sabíamos que hubiera tanto malo en el mundo.

*(Proverbio indio).*

Esto empezó en broma y concluyó muy en serio.

Platte el subalterno, que era pobre, tenía un reloj de Waterbury, con sencilla cadena de cuero.

El coronel poseía también otro Waterbury y por cadena un pedazo de correa que había pertenecido á una cadenilla barbada: son las mejores, cortas y fuertes.

Entre un pedazo de correa y una cadena de cuero, hay poca diferencia, y entre dos relojes de Waterbury no hay ninguna.

Todo el mundo en el pueblo conocía la cadena del coronel.

No era éste jinete, pero le gustaba hacer creer á la gente que lo había sido, y forjaba las historias más fantásticas, respecto á unas bridas de caza, á las cuales, este resto de cadena había pertenecido.

El coronel era, además, hombre muy religioso.

Subalterno y jefe estaban vistiéndose en el Círculo, con mucha prisa, porque se les había hecho tarde y, ¡lo que es la mala sombra!

Los dos relojes, con las cadenas colgando, estaban colocados en un estante que había debajo de un espejo, ¡qué descuido!

Platte, terminó el primero, cogió un reloj, se miró al espejo, arregló el nudo de la corbata y salió corriendo.

Cuarenta segundos después, el coronel hizo exactamente lo mismo que el subalterno había hecho, y se marcharon ambos, llevando cada cual el reloj del otro.

Habrán ustedes observado, que muchas gentes religiosas son profundamente suspicaces, y aparentan—con un objeto puramente místico; claro está—un conocimiento de

todas las malas acciones superior al de impío. Tal vez fueron muy malos antes de convertirse, pero de todas suertes, es lo cierto, que en imputar cosas malas á otros y convertir en pésimo lo que es en sí inocente, hay entre esta buena clase, unos tipos superiores.

El coronel y su esposa, pertenecían á esta especie de seres; pero la mujer era peor que el marido. Nadie fabricaba el escándalo como ella y por conducto de los criados, con lo que está dicho todo.

Sembró la discordia en casa de Laplace; evitó el casamiento Ferris-Haughtrey é indujo al joven Buxton á abandonar en los llanos á su mujer el primer año de matrimonio, por lo que la pobre señora y el pequeñuelo que tenían, murieron.

Todas estas cosas, se recordarán en daño de la coronela, mientras haya regimientos en el país.

Pero volvamos al coronel y á Platte.

Ambos, al salir, tomaron caminos diferentes.

El coronel fué á comer con dos capellanes, mientras el subalterno se dirigió á tomar parte en un banquete de muchachos solteros, al cual, siguió una partida de whist.

¡A qué causas obedecen á veces las cosas! Si el criado de Platte le hubiera puesto á la yegua los arreos nuevos de camino, los remates de las anillas, no hubieran podido, empujados por la acción de las riendas, oradar el cuero del sillín yendo á clavarse en el lomo del animal, cuando el subalterno volvía á su casa á las dos de la mañana, y la yegua, ni se habría encabritado, ni habría dado una huída, ni habría ido á caer dentro de una zanja, volcando el carruaje y enviando á Platte, como si hubiera sido una pluma, por encima del cercado de aloes, al parque, admirablemente guardado de Mrs. Larkyn; ni este cuento se hubiera escrito jamás.

Pero la yegua hizo todas esas cosas, y mientras Platte daba vueltas en el césped como un conejo herido, el reloj y la cadena, salieron escapados de su bolsillo, como la espada de un miliciano sale de la vaina, cuando se hace fuego en un simulacro, y fueron rodando, alumbrados por la luz de la luna, hasta detenerse al pie de una ventana.

Platte se levantó, metió su pañuelo debajo del sillín, enderezó el carruaje, y prosiguió la marcha.

Admiremos ahora los trabajos de Kismet (1). ¡Ciertas cosas no ocurren dos veces en un siglo!

Al terminar la comida del coronel con los dos capellanes, aquél se desabrochó el chaleco y se recostó sobre la mesa para echar una ojeada sobre algunas de las narraciones de las Misiones. La llave de la cadena, se salió del ojal, y el reloj... el reloj de Platte, se deslizó tranquilamente sobre la alfombra, donde el criado le halló á la mañana siguiente y se le guardó.

El coronel se encaminó después á su casa en busca de la mujercita de su corazón; pero el cochero estaba borracho y perdió el camino, por lo que, regresó á una hora tan desusada, que las excusas que quiso dar, ni fueron oídas.

Si la coronela hubiera sido una vasija ordinaria llena de ira y destinada á la destrucción, habría sabido, que cuando un hombre se retrasa por motivos que debe callar, sus excusas son siempre originales y convenientes.

(1) El destino.—(N. del T.)

Las estúpidas explicaciones del coronel, prueban esta verdad.

¡Admiremos de nuevo las obras de Kismet!

El reloj del coronel, que con la misma rapidez que Platte penetró en el parque, escogió precisamente para detenerse el pie de la ventana de Mrs. Larkyn, y ésta al verle á la mañana siguiente le reconoció y le recogió.

La noche anterior, había oído el ruido causado por la caída del carruaje y había reconocido la voz de Platte, que por cierto le era simpático, cuando ponía á la yegua como un trapo.

Al verle al otro día, le enseñó el reloj y le contó la historia del dueño. El subalterno, movió la cabeza, guiñó los ojos y dijo:

—¡Qué cosa más repugnante! ¡qué asco de viejo! ¡Y eso con sus mojigaterías! Yo enviaría el reloj á la mujer y pediría explicaciones.

Mrs. Larkyn, pensó por un instante en los Laplace, á quienes había conocido cuando creían el uno en el otro, y respondió:

—Se lo enviaré. Creo que le daré un buen rato, pero,—no lo olvide usted—jamás le diremos á esa mujer la verdad.

Platte sospechó que su reloj debía estar en poder del coronel, y creyó que la devolución, con una carta apaciguadora de Mrs. Larkyn, sólo produciría algún disgusto pasajero.

La señora Larkyn estaba más en lo cierto: sabía que una gota de veneno encontraría terreno muy apropiado para hacer sus efectos en el corazón de la coronela.

El reloj, con la carta, que contenía algunas observaciones respecto á las horas de recogerse el coronel, llegó á poder de la mujer de éste, que lloró encerrada en su cuarto, mientras pensaba lo que debía hacer.

Si había alguna mujer bajo la bóveda del cielo á la cual odiara con santo fervor la coronela, era sin duda Mrs. Larkyn, mujer frívola que llamaba á la señora del coronel la gata vieja.

La coronela decía que en las revelaciones alguien había tan notable como Mrs. Larkyn, y hacía otras citas de las Escrituras, sobre todo, del Antiguo Testamento; pero ella era la única que se atrevía á decir algo contra Mrs. Larkyn, á la que todos tenían por una mujer muy divertida á la par que muy honrada.

¡Pensar que el coronel, su marido, había estado sembrando relojes bajo las ventanas de tal personaje y en horas pecaminosas, mezclado esto con lo tarde que había regresado la última noche, era...!

En este momento de sus reflexiones se levantó y salió en busca del coronel que lo negó todo menos la propiedad del reloj.

Ella le intimaba por la salvación de su alma que dijera la verdad; él negó de nuevo usando dos palabras feas, y ante tal conducta, la coronela, contuvo el aliento por un espacio de tiempo igual al que un hombre necesitaría para respirar cinco veces.

El discurso que le arrojó después no nos importa. Fué el de una mujer celosa y por añadidura vieja y de mejillas hundidas. Una profunda desconfianza brillaba en él.

Llegó á decir, que hasta el corazón de los niños podían los demás hacerlo malo; y el odio rencoroso á Mrs. Larkyn y las creencias religiosas del coronel, salieron á relucir.

Por encima de todo, para agriar más la cosa, estaba el maldito reloj, con cadena y todo, sonando en la palma de la mano, seca y temblona, de la señora coronela.

En aquel momento creo que experimentó algo semejante á las sospechas implacables que sembró en el pensamiento del viejo Laplace; algo parecido á las amarguras de la pobre Miss Haughtrey, y algo, en fin, igual al cáncer que devoró el corazón de Buxton al ver á su infeliz mujer expirando.

El coronel tartamudeó algunas explicaciones y recordó que su reloj había desaparecido; pero el misterio le iba pareciendo cada vez más grande.

La mujer gritó y rogó alternativamente hasta cansarse, y entonces se marchó pensando en los medios de «castigar el duro corazón de su marido», lo que traducido á nuestra gerga quiere decir; en los medios de *retorcerle la cola*.

Profundamente impresionada con la doctrina del pecado original, no podía creer en la apariencia de las cosas: sabía demasiado y llegaba á saltos á las más extrañas conclusiones.

Se lo merecía: esto destruía su existencia, como ella había destruido la de Laplace.

Perdió la fe en el coronel, las sospechas crecieron.

Acaso—pensaba—había pecado muchas veces antes de que una misericordiosa Providencia hubiera puesto en las manos de un instrumento tan indigno como Mrs. Larkyn, las pruebas de la culpa. ¡Era un infame, un malvado, un viejo libertino!

Esto puede parecer muy exagerado en una mujer casada hacía tantos años, pero es un hecho antiquísimo, que si un hombre ó una mujer, se entretienen con deleite, en pensar mal de las gentes que no les importan y en esparcir lo que piensan, acaban por pensar también mal de los que les tocan más de cerca, y más les interesan.

Hay derecho á pensar, que el mero incidente de perderse un reloj, es demasiado pequeño y trivial para producir tales disensiones, pero otro hecho no menos antiguo, es aquel de que en la vida, como en las carreras de caballos, los peores accidentes acontecen merced á las zanjas más pequeñas y á las empalizadas más bajas.

Del mismo modo se vé algunas veces á una mujer, que en otros tiempos y bajo otros climas, hubiera sido una Juana de Arco, apereada con todas las molestias propias de los

vulgares quehaceres domésticos; mas este es otro cuento.

La opinión que había tenido siempre la coronela, la hacía ahora más desgraciada porque insistía más y más en creer en la villanía de los hombres.

Recordando cuanto había hecho, era divertido verla sufrir y contemplar los inútiles esfuerzos que hacía para ocultar á la vista de todos sus sufrimientos; pero en el pueblo los conocían, riéndose grandemente porque la historia de la pérdida del reloj, había tomado un aspecto muy dramático en los labios de Mrs. Larkyn.

Una ó dos veces Platte, viendo que el coronel no aclaraba el misterio, dijo á Mrs. Larkyn, que la cosa había ido demasiado lejos y debía decirse á la mujer lo que había pasado.

Mrs. Larkyn frunció los labios, sacudió la cabeza y juró que la coronela debía soportar su castigo lo mejor que pudiera. ¡Nadie hubiera sospechado que abrigara odio tan profundo una mujer frívola!

Platte no hizo nada y poco á poco llegó á creer, viendo el silencio del coronel, que éste había corrido aquella noche por terreno veda-

do y prefería sufrir su penitencia, no muy severa á estar en las lenguas de otras gentes respecto á sus horas extraordinarias.

Platte olvidó poco después todo lo referente á los relojes y partió del país con su regimiento. Mrs. Larkyn regresó á Inglaterra con su marido, cuando éste cumplió el tiempo de servicio en la India, pero no olvidó jamás.

El subalterno tuvo razón al decir que la broma había ido demasiado lejos.

Las sospechas y lo trágico de éstas—que nosotros seres superficiales no podemos ni ver ni creer—están matando á la coronela y hacen desgraciado al coronel.

Si cualquiera de ellos lee este cuento, podrá fijarse bien en las enseñanzas que encierra y después besarse los dos y volver á ser amigos.

Shakespeare alude al placer de ver á un ingeniero hecho trizas por su propia batería; lo que prueba que los poetas no deberían escribir de lo que no entienden.

Cualquiera podía haberle dicho que zapadores y artilleros no son una misma cosa; pero si, corrigiendo la frase, se sustituye ingeniero con artillero, la moral viene á ser la misma.



## UN ESPECIFICO

Durmiendo Jove pueden triunfar  
hasta los dioses más inferiores;  
pero pãdecen leves errores  
si olvidan la hora del despertar.

EN otro tiempo, y según sabe todo el mundo, cada cinco años contratábamos un Virrey, y cada Virrey importaba, entre otros efectos de su equipaje, un secretario particular, que era ó no el verdadero Virrey, según se dignaba ordenarlo el Destino, deidad que tanto se ocupa del Imperio de la India sin duda porque, gracias á lo grande que es, está desamparado.

Una vez hubo un Virrey que trajo consigo un secretario particular muy turbulento; duro en el fondo, suave en la forma y con una pasión mórvida por el trabajo.